

Padre Miguel Ángel Pardo, pbro.

Índice homilias

Julio – Agosto 2016

La mies es abundante y los trabajadores son pocos.....	2
Nada nos separará del amor de Dios	4
Entra en mi casa, Señor	6
Estos son mi madre y mis hermanos	8
La vocación cristiana	9
Como el barro en manos del alfarero.....	10
Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?	11
San Juan María Vianney.....	12
Santa Clara de Asís.....	14
Fidelidad en la prueba.....	16
Señor ¿son pocos los que se salvan?	18

La mies es abundante y los trabajadores son pocos

Martes, 5 de julio de 2016

Textos: Os 8, 4-7.11-13; Salmo 113; Mt 9, 32-38

“**Israel confía en el Señor**”, hemos recitado en el salmo responsorial; ojalá esta frase se nos quede grabada en el corazón, la llamada que nos hace el Señor a confiar plenamente en Él. Creo que esta luz nos ayuda a ver, lo que nos dice la palabra de Dios en esta celebración de la Santa Misa.

Al final de la **primera lectura** escuchábamos el anuncio del profeta: *el pueblo de Israel tendrá que volver a Egipto*; es decir, Dios es totalmente fiel y lo será siempre, y a pesar de que ha buscado todos los caminos posibles para que su pueblo escuche su Palabra, no queda otro camino que permitir que Israel experimente el fruto de su pecado. Israel no quiere contar con Dios, dice el texto: *«han constituido reyes sin contar conmigo, han nombrado príncipes sin mi conocimiento; han caído en la idolatría, su vida de pecado continuamente contraviene los mandamientos de Dios. Y por otra parte, se acercan a los altares de pecado a celebrar el culto, un culto vacío porque su corazón está totalmente alejado de Dios»*.

Por eso vendrá la catástrofe, el pueblo de Israel será invadido y deportado; volverá a estar fuera de la tierra prometida y estará sometido a otro pueblo. **Una vez desterrado en Egipto, Dios en su infinita misericordia volverá a manifestarse como Dios que salva, que perdona de manera aún más maravillosa a su pueblo, trayéndolo de nuevo a la tierra prometida.** Por lo tanto, el pecado que es profundo dolor para Dios es ocasión para que Él vuelva a manifestar su amor misericordioso y redentor.

Pero fíjao, hay una cadena. Cuando el hombre deja de buscar a Dios, de procurar hacer las cosas conforme a la voluntad de Dios, nos vamos montando nuestra propia vida y cada vez se va separando más de Dios, porque el hombre sigue la lógica de hacer las cosas a su manera y luego no hay forma de engarzar con Dios.

En cambio, hay que aprender a confiar en el Señor, y por lo tanto aprender a vivir lo cotidiano, la vida de cada día con Dios; muchas veces no percibimos claramente cuál es la voluntad de Dios, pero lo importante es tener presente que todo lo deseamos hacer a la luz de su agrado, de su voluntad, a la luz de su mirada, y de su amor. La clave está en confiar en Dios y querer vivir bajo su mano.

El pasaje de la **lectura del evangelio** prepara lo que va a ser uno de los grandes discursos del Señor. Jesús al ver a la muchedumbre sintió compasión de ella, porque estaban abatidos *«como ovejas que no tienen pastor»*. Esto conmueve profundamente el corazón del Señor y dice a sus discípulos: *«La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies»*. Lo primero que dice el Señor es que la mies es suya, que el verdadero pastor es Él; y segundo, que ante la necesidad de pastores, tenemos que rogar y orar.

Necesitamos vocaciones. Al Señor le pedimos que llame, y a los que son llamados que escuchen, que se entreguen a la llamada que el Señor les está haciendo. Te pedimos Señor que haya muchos y santos sacerdotes, necesitamos sacerdotes según el corazón de Dios.

La oración es un acto de fe, de confianza en el Señor; y no solo necesitamos vocaciones de sacerdotes, necesitamos todo tipo de vocaciones; es decir, que todo cristiano vivamos nuestra vida como una verdadera vocación de entrega a Dios, de entrega a la llamada que nos ha hecho. Ahora bien, dentro de la Iglesia se necesita la vocación al ministerio del Sacerdocio. Pedimos por ello especialmente hoy porque el Señor nos hace percibir esa necesidad que perdurará siempre hasta el final del tiempo de la Iglesia. Conmovidnos en nuestro corazón, pedimos al Señor la gracia de que aquellos que son llamados a ser sacerdotes del pueblo de Dios, no den la espalda y se entreguen a la vocación que han recibido.

Te pedimos, Señor, en esta tarde, que nos des una plena confianza en ti. Haz, Señor, que aprendamos a vivir todas las cosas contigo, y que acogiendo en nuestro corazón tu deseo de dar sacerdotes a tu pueblo, nos bendigas con muchos y santos sacerdotes.

Que así sea

Nada nos separará del amor de Dios

Jueves, 7 de julio de 2016

Textos: Os 11, 1-4.8-9; Salmo 79; Mt 10, 7-15

«**Mi corazón está perturbado, se estremecen mis entrañas, no cederé al furor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios y no hombre; el Santo en medio de ti y no me dejaré llevar por la ira**». Es el versículo final de la primera lectura del profeta Oseas, capítulo importante que comenzaba hablándonos de Dios como Padre que ha engendrado un pueblo, lo ha elegido y lo ha sacado de Egipto, hizo Alianza con él, lo cuidaba y lo educaba, pero el pueblo se volvió y olvidaba a Dios, no sabían que cuando recibían heridas era el mismo Dios quien lo curaba.

Este pueblo que recibía tantos beneficios de Dios, no hizo más que volver la espalda a Dios y caer en la idolatría. En esta situación descubrimos el drama del corazón de Dios. Si en la lectura de ayer descubríamos el drama del hombre que tiene el corazón dividido; por un lado mira a Dios, pero por otro transgredir sus mandatos para el hombre es la muerte, ahora descubrimos que después de tantos cuidados de Dios hacia su pueblo el fruto que recibe es que el hombre le vuelve la espalda y quiere vivir sin Dios.

De manera que se produce algo tremendo dentro del Señor, y es que Dios es absolutamente fiel a su amor por nosotros pero es absolutamente incompatible con el pecado. El pecado del hombre le produce a Dios un total rechazo pero Él no deja de amarnos, porque nos quiere como Padre y como Esposo; y para Él no existen ni el divorcio ni el repudio. **¿Cómo resolverá Dios esta situación?** Porque por un lado, hay una inclinación de Dios que le impulsa a rechazar al hombre que le traiciona y que no quiere vivir según su voluntad; y por otro lado, su amor inmenso le impulsa a acoger al hombre, pero no puede hacerlo de cualquier manera, no puede hacerlo si el hombre no vive según Dios. Este es el drama del corazón de Dios.

De aquí brota, importantísimo, el misterio de la misericordia. La misericordia ha brotado del corazón herido de Dios, de su corazón conmovido ante el hombre pecador que va a la muerte. **¿Cómo conquistar el corazón del hombre para que el hombre, libremente, quiera estar con Dios según su voluntad? Este es el secreto de la historia de la salvación, conquistar el corazón del hombre para que el hombre libremente ame a Dios, elija vivir según Dios.** Este es el camino que escoge el Señor.

Ante el drama del corazón de Dios, ante esas entrañas paternas que se conmueven y se revuelven ante el hijo que lo rechaza y que por el pecado va a la muerte, el corazón de Dios da un vuelco en su interior y lleno de amor y de dolor ¿qué va a hacer? Dios hace nacer la maravilla de la misericordia, que es ir a buscar al hombre para que el hombre reconozca su pecado, su pobreza, su infidelidad y colgado de los brazos del Señor se deje llevar por Él a la verdad y a la vida.

La respuesta de Dios ante este drama va a ser **la cruz de Jesucristo**, donde el Señor nos mostrará su corazón desgarrado, **su corazón herido**, su corazón **convertido en una fuente para el hombre** que, perdido y pecador, no puede encontrar la paz, la vida y la felicidad sino en Dios que lo ama. **Esta es la verdadera obra de la redención**, que Dios amando más

vendrá a buscarnos y tratará de conquistarnos por el camino más divino que existe, que es mostrarnos la locura de su amor. Dará la vida por nosotros para que el hombre, viendo el amor de Dios, abra su corazón al Espíritu Santo que purifica nuestros corazones, que nos hace reconocernos pecadores, que nos hace llorar a los pies de Jesús por haber ofendido y abandonado al Señor.

Pero también llorar de alegría en un Dios que no acepta perdernos, que no quiere rechazarnos, que no acepta el “no” del hombre, sino que Él da la vida para que el hombre viva.

Señor, queremos pedirte en esta tarde, que nos hagas ser hijos e hijas profundamente agradecidos a tu misericordia, por el amor tan grande que te ha llevado a dar la vida en la cruz por cada uno de nosotros. Haz, Señor, que metidos en tu corazón podamos conocer tu misterio, porque solo quien conoce el amor misericordioso y redentor de Dios, puede tener el fuego del Espíritu Santo en el corazón.

Que así sea

Entra en mi casa, Señor

Domingo, 17 de julio de 2016

Textos: Gén 18, 1-10; Salmo 14; Col 1, 24-28; Lc 10, 38-42

Dice santa Teresa de Jesús en las séptimas moradas,⁽¹⁾ que en la vida de aquél o aquella que quiera alcanzar la santidad que se puede vivir aquí en la tierra, **Marta y María van juntas**. Ciertamente hay que entender que **a lo largo de la historia de la Iglesia, este pasaje se ha interpretado muchas veces como que Marta representa la vida activa y María representa la vida contemplativa**, según lo que hemos escuchado en el evangelio.

Pero dice santa Teresa, contemplativa, mujer de clausura dedicada plenamente a la contemplación, que cuando ella ha experimentado la unión con el Señor, esa experiencia la mueve a actuar, la mueve a hacer obras de Dios, obras de apostolado, a difundir a Cristo a los demás.

Pero si nosotros leemos más pausadamente el evangelio, veremos que directamente no se oponen tanto dos vidas, una activa y otra contemplativa, como **dos modos de ser discípulos, de ser discípulas de Cristo**. Uno verdadero, auténtico y pleno y uno que todavía no ha alcanzado ese modo de vivir que el Señor desea. Ese modo imperfecto de vivir con el Señor representa a Marta, y ese modo de vivir que quiere el Señor lo representa María; **porque María de Betania en ningún momento dice el evangelio que no haga nada, ¡no! María no es la que no hace nada, sino la que concibe la relación con el Señor de un modo distinto a su hermana, y eso es lo que conviene que nosotros captemos**.

Dice el texto que cuando Marta se acerca al Señor y llama la atención sobre la actitud de María, el Señor le responde: **«Marta, Marta, andas inquieta con tantas cosas, sola una es necesaria y María ha escogido la parte mejor y no le será quitada»**. Lo importante que tenemos que captar es que María ha hecho una elección, ha elegido algo que su hermana todavía no ha elegido. María ha elegido poner al Señor lo primero, atender y recibir de Él, ella **quieta y sentada pone todo su interés en salir de sí misma para MIRAR AL SEÑOR, y ESCUCHAR LO QUE ÉL DICE**.

Con esta actitud empiezas a conocer al Señor y lo que Él a través de su mirada, de sus gestos y de su palabra, te quiere comunicar; de manera que tú empiezas a ser receptivo, receptiva de todo lo que el Señor quiere decir. María ha hecho una elección profunda: **«Señor, que alegría que tú estés aquí, yo quiero conocerte, yo quiero que tú me hables...»** **Y a partir de ahí María quiere vivir desde lo que percibe del Señor, quiere vivir guiada por la palabra del Señor. La lógica de María de Betania no es quedar todo el tiempo quieta a los pies del Señor, sino que si tú miras y escuchas tienes que vivir lo que Él te dice**. De hecho en el evangelio de san Juan, poco antes de la pasión, vemos como María se postra a los pies del Señor y le unge ¿por qué? Porque la palabra y el amor al Señor te lleva a obrar de una manera diferente.

En cambio Marta ¡claro que quiere al Señor! Pero para ella es importante hacer cosas por el Señor, y no está mal, pero son sus cosas, porque no tiene tiempo de escuchar qué es lo que el Señor desea. Eso nos pasa mucho. Y esto ¿qué provoca? Lo diríamos con una palabra muy sencilla: el estrés. No paras de hacer cosas por el Señor, pero no has entrado en intimidad con

Él, no conoces lo que Él quiere y, sobre todo, no experimentas qué sucede cuando tú recibes una palabra del Señor y eso entra dentro de ti, ¡eso es algo maravilloso!

¿Tú qué quieres ser, Marta o María? Habla con el Señor, pregunta al Señor, porque yo creo que el Señor quiere que seas María de Betania, que es la que vive y actúa desde lo que escucha y recibe del Señor.

«Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, pero a los que le recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios.»⁽²⁾ Dios se hizo hombre buscando hospedaje. A lo largo del evangelio vemos que Jesús tenía predilección por la casa de Marta, María y Lázaro ¿Tú has acogido a Jesús en tu casa? ¿Has hecho un lugar para Jesús en tu casa? Podemos acoger al Señor en nuestra casa, pero puede también suceder que hacemos tantas cosas que no le dedicamos tiempo. **Tenemos que acoger a Jesús en nuestro hogar y tener tiempo para Él.**

El Catecismo de la Iglesia Católica,⁽³⁾ cuando habla de los lugares de oración, dice lo siguiente: **«Para la oración personal, el lugar favorable puede ser un "rincón de oración", con las Sagradas Escrituras e imágenes, para estar "en lo secreto" ante nuestro Padre (Mt 6, 6). En una familia cristiana este tipo de pequeño oratorio favorece la oración en común».** Un rincón de oración, un lugar dedicado al Señor, puede estar una imagen del Señor, de la Virgen, puede esta la biblia abierta poder orar personalmente; y también, ojalá, podamos orar en familia.

Señor, te damos gracias por la luz que nos das con la palabra de hoy. Te pedimos que nos concedas la gracia de acogerte en nuestro corazón, en nuestro hogar, en nuestra familia, en nuestra casa.

Enséñanos, Señor, a vivir como tu deseas, a recibir lo que solo tú no puedes dar. Enséñanos, como María de Betania, hacer vida aquello que tú nos dices, para que descubramos que todo es gracia, que todo es don.

Que así sea

⁽¹⁾ «Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no hacerle mal hospedaje, no dándole de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara?» (7M 4, 12). «Decirme heis dos cosas: la una, que dijo que María había escogido la mejor parte. Y es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los pies y limpiarlos con sus cabellos» (7M 4, 13). («El Castillo interior o las moradas», Santa Teresa de Jesús).

⁽²⁾ Jn 1, 11

⁽³⁾ CIgC 2691

Estos son mi madre y mis hermanos

Martes, 19 de julio de 2016

Textos: Miq 7, 14-15.18-20; Salmo 84; Mt 12, 46-50

La Iglesia es el pueblo de Dios, es la familia de Dios, es el cuerpo de Cristo, es el templo habitado por el Espíritu Santo. Pero el Señor nos ha dado una definición preciosa en el evangelio. Ha dicho que la Iglesia son aquellos que cumplen la voluntad del Padre. Su hermano, su hermana, su madre, somos los que cumplen la voluntad de Dios.

Y lo que podría parecer –según el contexto del pasaje–, relativizar la presencia de la Virgen María, es todo lo contrario, porque ¿quién ha cumplido, siempre y en todo, la voluntad del Padre, sino María, la primera y más fiel discípula de Cristo? El Señor ha venido para que se realice **el milagro más divino** de todos, y es **que el hombre vuelva a vivir su verdadera vocación: cumplir, siempre y en todo, la voluntad de Dios**. Esto es precisamente lo que ha destrozado el pecado. Y el camino que Dios ha elegido para **que el hombre recupere su vocación y la cumpla, ES EL CAMINO DE LA MISERICORDIA**.

En la primera lectura del **profeta Miqueas**, hemos escuchado una frase lapidaria, preciosísima, que en cierta medida es un resumen de todo el camino de Dios en la historia de la salvación: «**Dios no mantendrá por siempre la ira, pues se complace en la misericordia**». Este es el camino que el Señor ha escogido, es el camino que le agrada, en el que se complace su corazón. Para nosotros es una maravillosa noticia porque nos hace vivir llenos de confianza en Dios, que tiene su complacencia en practicar la misericordia.

Pero esta misericordia no consiste en consentir el pecado del hombre, ni en dar por bueno que el hombre este alejado de Dios y que no cumpla su voluntad, sino todo lo contrario, es el camino por el cual Dios viene a conquistar el corazón del hombre para que, rechazando y arrepintiéndose del pecado, adquiera y viva su verdadera vocación, que es cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios.

En el Salmo hemos recitado ese versículo precioso: «**Muéstranos Señor tu misericordia y danos tu salvación**». El Señor salva al hombre de su pecado y lo lleva a una nueva vida, a una nueva situación.

Señor, en esta tarde queremos darte las gracias por la luz de tu palabra. Haz, Señor, que seamos verdaderos discípulos tuyos, siguiendo los pasos de nuestra Madre, la Virgen María. Ayúdanos, Señor, a cumplir siempre la voluntad del Padre, que nos arrepintamos de corazón de nuestros pecados; y que tu misericordia, Señor, reine en nosotros para que podamos ser Iglesia viva.

Que así sea

La vocación cristiana

Miércoles, 20 de julio de 2016

Textos: Jer 1, 1.4-10; Salmo 70; Mt 13, 1-9

La liturgia nos presenta el comienzo del libro de **Jeremías**, uno de los grandes profetas de Israel del reino de Judá. Él mismo nos cuenta su vocación con las palabras que el Señor le dijo: «*Antes de formarte en el vientre, te elegí, antes que salieras del seno materno te consagré, te constituí profeta de las naciones. Adonde yo te envíe irás, y lo que yo te ordene dirás*».

El Señor toca la boca de Jeremías y le dice: «*Pongo mis palabras en tu boca. Anuncia, profetiza, no tengas miedo que yo estoy contigo. Te doy poder para arrancar y arrasar, para destruir y demoler, pero también te doy poder para reedificar y plantar*»; porque hay que quitar todo lo que no es de Dios y hay que reedificar y plantar de nuevo la obra de Dios.

Jeremías, cuya vocación guarda en el corazón, sufrirá el rechazo del pueblo hacia su misión y el dolor por el destino de ese pueblo que no quiere escuchar a Dios y va hacia su propia ruina.

Desde la vocación de Jeremías quisiera que recordáramos las maravillas que nos dice el Señor en el Nuevo Testamento. Recordemos cuando rezamos los lunes la liturgia de las horas,⁽¹⁾ ese cántico precioso al comienzo de la carta a los Efesios,⁽²⁾ en el que dice que Dios nos ha elegido en la persona de Cristo a ser sus hijos, que nos ha elegido desde toda la eternidad, no solo desde que hemos sido formados en el seno materno, sino que nos ha elegido antes de crear el mundo.

Y nos ha destinado no solo a ser profetas, sino a ser verdaderos hijos e hijas de Dios. Nuestra vida consiste en no tener miedo sino en gozar de Dios, conocerle y cumplir en todo su voluntad.

Señor te pedimos en esta tarde, que nos hagas descubrir la maravilla de nuestra vocación, todo el amor que nos tienes desde siempre. Haz, Señor, que este amor lo hagamos vida y lo testimoniemos ante los demás.

Que así sea

⁽¹⁾ Oración de la tarde. Vísperas, [Lunes]

⁽²⁾ Ef 1, 3

Como el barro en manos del alfarero

Jueves, 28 de julio de 2016

Textos: Jer 18, 1-6; Salmo 145; Mt 13, 47-53

En la primera lectura hemos escuchado un conocido pasaje del profeta Jeremías, donde él da testimonio de tres momentos en los que le fue dirigida la palabra del Señor. Primero le habló al corazón, luego le habló a través de un hecho y por último volvió a hablarle al corazón.

En primer lugar el Señor le dijo: «**Anda, baja al taller del alfarero, que allí te comunicaré mi palabra**». Segundo, Jeremías se dirige al lugar que le indica la palabra para ver lo que el Señor le quiere decir: «**Bajé al taller del alfarero, que en aquel momento estaba trabajando en el torno. Cuando le salía mal una vasija de barro que estaba torneando, volvía a hacer otra vasija tal como a él le parecía**». Y ahí viene la tercera palabra del Señor que le dice: «**Pues lo mismo que está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel**».

Con esto viene a decir el Señor lo siguiente: **el pueblo no quiere ser barro que se deja moldear**, no quiere que su presente ni su futuro esté guiado por la mano poderosa y providente del Señor, sino que el pueblo es como esa vasija que se ha vuelto seca y quebradiza hasta que se ha roto.

¿Qué va a pasar? Que por sí mismo el pueblo de Israel no puede recomponerse, pero **Dios sí lo puede hacer**. Dios puede coger lo que está hecho añicos y volverlo a moldear para hacer algo todavía más maravilloso que antes. **Eso es lo que hace la misericordia de Dios, en el pueblo y en nuestra vida**. Pero para ello hay que convertirse, hay que reconocer el propio pecado, hay que volver al Señor, ponerse en sus manos para que haga lo que solo Él puede hacer.

El Señor hoy nos invita a descubrir cómo Él nos habla de muchas maneras. Nos habla con su palabra en la Sagrada Escritura, nos habla al corazón cuando alguna palabra resuena dentro de nosotros; y ¡atención!, porque también nos habla a través de los acontecimientos de la vida. Unas veces para que reconozcamos su actuación; otras veces porque Él nos interpreta los acontecimientos para que sepamos descubrirlos y vivirlos a la luz de la voluntad de Dios.

Señor, queremos ser como ese barro que tú moldeas. Queremos que nos mantengas dóciles con el agua del Espíritu Santo. Si alguna vez, Señor, nos volvemos secos o nos quebramos, cógenos enseguida para que tú vuelvas a hacer en nosotros la obra de tus manos. Que por la grandeza de tu misericordia, cada uno de nosotros seamos una obra única de tu mano.

Que así sea

Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?

Martes, 2 de agosto de 2016

Textos: Jer 30, 1-2.12-15.18-22; Salmo 101; Mt 14, 22-36

En este pasaje del evangelio vemos varias acciones de Jesús. Primero manda a los discípulos ir en barca a la otra orilla mientras Él se retira al monte para orar a solas; después llegada la noche camina sobre las aguas hacia los discípulos, y luego vuelve a encontrarse con la gente y hacer milagros, especialmente curaciones.

De todo esto voy a fijarme, en concreto, en una escena que me parece importante, y es el **gesto de Pedro que se hunde en la aguas y suplica: «Señor, sálvame»**. Y dice el texto, literalmente, que Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo: **«Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»** Creo que hay pocas escenas que nos hacen comprender la verdad de lo que es el cristianismo. **El hombre está hundido y se lo come la muerte; se hunde y Dios ha bajado a rescatarlo, se inclina para ayudarnos, nos tiende la mano para agarrarnos, librarnos y salvarnos.**

Muchos Santos, hombres y mujeres en la historia, han tenido esta experiencia realmente de ser devorados por la muerte, por el pecado; y ha sido el Señor quien los ha sacado de ese abismo y de ser tragados por las aguas. **Jesucristo es nuestro salvador**. Y ciertamente lo que nos sumerge en las aguas es haber olvidado al Señor, no confiar en Él. **«Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?, ¿por qué no has confiado en mí, por qué has dudado de mí?»**

Pero esto también nos hace descubrir, que si el pecado nos sumerge y nos lleva a la muerte, también es ocasión de la gracia y de la misericordia redentora de Dios, que nos tiende la mano para sacarnos precisamente de nuestra falta de confianza y de obediencia a Él. De manera que nuestra propia situación es ocasión de un encuentro, de una experiencia de Jesucristo que marcará nuestra vida.

A Pedro no se le va a olvidar en su vida que ha dudado del Señor, que eso le ha llevado a una situación donde casi se ahoga, y gracias a que ha suplicado: **«Señor, sálvame»**, ha podido experimentar cómo el Señor lo quiere, lo perdona y lo salva, para darle de nuevo la vida.

Señor, en esta tarde, queremos pedirte que te descubramos como nuestro salvador y redentor. Te pedimos, Señor, perdón por todas nuestras infidelidades, por cuántas veces desconfiamos, por nuestras dudas. Perdona, Señor, por todas las veces que nos hemos visto sumergidos en las aguas por nuestras faltas de fe.

Te pedimos, Señor, que nos ayudes a orar desde nuestras situaciones de dificultad, que acudamos a ti confiando en que solo tú puedes salvarnos, que siempre te supliquemos: «Señor, sálvame».

Gracias, Señor, por las veces que hemos experimentado en nuestra vida el poder de tu amor, de tu ayuda cuando nos has sacado de las situaciones difíciles, cuando hemos experimentado que te has manifestado grande, poderoso y cercano, especialmente cuando estás pendiente de nosotros y cuando más te necesitamos.

Que así sea

San Juan María Vianney

Jueves, 4 de agosto de 2016

Textos: Jer 31, 31-34; Salmo 50; Mt 16, 13-23

Las lecturas de hoy son de una gran riqueza: **La nueva y eterna Alianza**. La anuncia el profeta Jeremías y se cumple con nuestro Señor Jesucristo, la cual renovamos cada día en la celebración de la Santa Misa, tal como escuchamos en las palabras de la consagración del cáliz: *«Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, **Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados**».*

En el pasaje del evangelio el Señor pregunta a los discípulos que piensan de Él, y Simón Pedro responde con esa gran profesión de fe: **Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre, el Mesías que nos salva a través de la cruz.**

Pero hoy quisiera decir unas palabras sobre el **santo cura de Ars, san Juan María Vianney**. Hombre de profunda fe, nace al final del siglo XVIII, tiempos de la revolución francesa y de persecución de la Iglesia; y muere poco después de las apariciones de la Virgen en Lourdes, a mediados del siglo XIX.

Juan María sintió la llamada del Señor, fue ordenado sacerdote y pronto vendría una de las primeras pruebas de fe al ser enviado a un pueblo donde apenas había unos pocos creyentes; se puso en manos del Señor y aquel pueblo no solo se convirtió sino que de toda Francia iban a aquel pueblo a escuchar a este sacerdote, a confesarse con él y a recibir su consejo.

Y, ¿qué fue lo que provocó semejante transformación? Fundamentalmente tres cosas: **LA FE** de Juan M^a Vianney en el sacerdocio, en la misión que el Señor le había encomendado; segundo, **LA ORACIÓN**, a través de la cual fue descubriendo lo que el Señor quería de él en cada momento; y, tercero, **CONFIANZA** en los medios poderosos de la cruz. ¿Cuáles son los medios poderosos de la cruz? **Confiar en que a través de la ofrenda, del sacrificio y de la participación en el sufrimiento por las almas, realmente el Señor puede hacer difundir la gracia.** Él fue descubriendo, poco a poco, que la fuerza no está en lo que uno hace sino en hacer lo que el Señor pide, para que sea el Señor quien obre.

San Juan M^a Vianney, el cura de Ars, ¿qué nos dice hoy a nosotros, a cada uno de los que estamos aquí? Nos dice que tenemos que creer de verdad en el Señor, que solo Él puede cambiar no solo nuestra vida sino la vida de muchas personas y de muchas situaciones, pero es necesario que tengamos **fe**, que **recemos** y que **nos ofrezcamos**, estas tres cosas. **Que tengamos fe en que el Señor realmente es poderoso y puede actuar; que para actuar el Señor necesita nuestra fe, nuestra oración y nuestra ofrenda. El cura de Ars tenía la ciencia de los hombres de Dios.** La ciencia en la que es maestra la Virgen María; es decir, el conocimiento de Dios que da la verdadera relación con Él a través de la fe.

Señor, en esta tarde te pedimos que nos ayudes a creer en la grandeza de nuestra vida cristiana. Te pedimos que renueves en nuestro corazón, la confianza en la llamada que nos haces a seguirte fielmente. Ayúdanos, Señor, a creer que tú quieres hacer obras grandes a través de cada uno de nosotros.

Que así sea

SAN JUAN MARÍA VIANNEY, miembro de la Tercera Orden Franciscana. Nació en Dardilly (Lyon, Francia) el año 1786. Eran los agitados tiempos de la Revolución Francesa. Ordenado sacerdote en 1815, se le confió la parroquia de la **pequeña aldea de Ars**, que gobernó y promocionó maravillosamente con su constante predicación, mortificación, oración y caridad. Difundió el mensaje evangélico con la catequesis que a diario impartía a niños y adultos, con la reconciliación que administraba a los penitentes, con sus obras de ardiente caridad alimentada en la Eucaristía. Estaba dotado de unas cualidades extraordinarias como confesor, lo cual hacía que acudieran a él fieles de todas partes. Murió el 4 de agosto de 1859.

Santa Clara de Asís

Jueves, 11 de agosto de 2016

Textos: Ez 12, 1-12; Salmo 77; Mt 18, 21-19, 1.

Santa Clara de Asís es una de las grandes santas en la historia de la Iglesia. De ella hay testimonios de muchos milagros; milagros durante su vida y milagros también después de su muerte, su gran fama de santidad hizo que fuera canonizada muy pronto.

Entre los testimonios acerca de ella, se cuenta que santa Clara tuvo una visión sobre unos esposos que llevaban muchos años separados;⁽¹⁾ a través de una hermana clarisa, envió un mensaje al esposo, para decirle que de parte de la Madre Clara debía ir al encuentro de su mujer y vivir juntos en su casa. El esposo recibiendo esta llamada del Señor, a través de santa Clara, así lo hizo y poco después tuvieron un hijo. De este y otros testimonios quedó acreditada la intercesión de santa Clara sobre los matrimonios estériles.

Ciertamente, el Señor, a través de santa Clara, nos muestra qué significa perdonar, qué significa reconciliarse, qué significa que algo sea posible cuando humanamente parece imposible. **La vida de santa Clara nos muestra a todos la importancia de tener una fe inquebrantable en Dios y una fe en los caminos que Él puede abrir, que son mucho más maravillosos de lo que nosotros suponemos.**

De santa Clara quisiera aludir a otro aspecto fundamental. **Clara quiso la clausura, eligió la clausura, vivió en clausura**, y pidió al Papa unas Constituciones para que ella y sus hijas vivieran en clausura. Este aspecto a lo largo de la historia ha sido difícil de entender; y hoy día parece que es aún más difícil, pero en el fondo si nos cuesta entenderlo es porque no es nuestra vocación. Son aquellos o aquellas que sí han recibido esta llamada quienes pueden explicar y hacer comprender lo que es “*su llamada*”. Entonces, los demás, lo que tenemos que hacer es alegrarnos del don maravilloso y del tesoro que Dios regala a la Iglesia. Es una riqueza grandiosa para las clarisas, como para la multitud de contemplativas a lo largo de la historia, que han vivido y viven la clausura como un verdadero tesoro, como un regalo maravilloso que el Señor les ha concedido.

A nosotros nos ayuda fijarnos en una mujer, **María de Betania**, que transmite lo que es el espíritu contemplativo y la adhesión al Señor, porque ella aprende un amor del Señor que es continuamente criticado; se lo critica su hermana Marta, seglar en medio del mundo que no entiende que ponga a Dios lo primero, se lo critican los discípulos cuando allí, en Betania, María se lanza a los pies del Señor, le unge los pies, quiebra aquél frasco de perfume riquísimo y lo derrama a los pies del Señor, como un signo de que ella misma, toda su vida, quiere darla por entero al Señor.

Y si Marta no entiende, los discípulos tampoco entienden un amor que es más grande, y que lleva expresiones que solo Dios puede dar a conocer y explicar al corazón.

Señor, en esta tarde, te pedimos que nos concedas la gracia de creer en tu voluntad y en tu palabra. Que creamos firmemente en la gracia del matrimonio, de la unión indisoluble entre un hombre y una mujer, y que si hay dificultades concedas la gracia de la reconciliación.

Te pedimos, Señor, que apreciemos la gracia grande de la vida contemplativa y el don de la clausura, para que esas mujeres que se esconden para vivir solo para ti, sean para nosotros la preferencia de un amor que está llamado a ser fecundo, y a dar multitud de frutos de salvación en el mundo.

Que así sea

⁽¹⁾ *Proceso de canonización de santa Clara de Asís, Escritos de testimonios XVI, 1,4*

“El testigo messer Hugolino de Pedro Girardone, caballero de Asís, declaró que habiéndose separado de su mujer, llamada madonna Guiduzia, durante más de veintidós años, se le dijo -de parte de madonna santa Clara- que ésta había sabido por una visión que él debía recibirla pronto y de ella engendraría un hijo, con el cual debía alegrarse mucho y consolarse; a los pocos días recibió a su mujer, y de ella, como la dicha madonna santa Clara había entendido por visión, engendró un hijo, el cual vive todavía y con el que se alegra mucho y tiene gran consuelo.”

SANTA CLARA DE ASÍS. Nació en Asís (Italia) el año 1194 en el seno de una familia noble. Bajo la guía de san Francisco, Clara se consagró a Dios en la Porciúncula. Pronto la siguieron otras jóvenes formando una gran familia monástica: “**la Orden de las Clarisas**” siguiendo el carisma franciscano. La víspera de su muerte tuvo la alegría de ver aprobada por el Papa su Regla propia. Murió en San Damián el 11 de agosto de 1253. Fue canonizada por el Papa Alejandro IV en 1255.

Fidelidad en la prueba

Domingo, 14 de agosto de 2016

Textos: Jer 38, 4-6.8-10; Salmo 39; Heb 12, 1-4; Lc 12, 49-53

El evangelio de hoy, que empezaba de una manera preciosa: «**el Señor ha venido a prender fuego en el mundo, que ciertamente es el fuego del Espíritu Santo**», termina de una manera algo desconcertante porque dice el texto que el Señor no ha venido a poner paz sino división; y además sobre una de las realidades más concretas de nuestra vida, en concreto habla de la familia. Desconcertante porque **sabemos que la misión del Señor está en la paz, y quiere que la familia esté unida.**

¿Cómo podemos explicar esto? Primero es importante que recordemos cómo **el Señor ha dado tres veces la paz**. Recordemos que el saludo de Cristo resucitado es el saludo de la **paz** ⁽¹⁾; lo recordaremos en la celebración de esta Santa Misa, antes de la comunión, después de la oración del Padrenuestro, es el saludo de Cristo resucitado, fruto de la redención del Señor. Y, tercero, también lo recordamos en el discurso de la Última Cena ⁽²⁾, el Señor dice: «**Os dejo la paz, mi paz os doy, no os la doy como la da el mundo**». Y en otro lugar dice: «**en el mundo tendréis tribulación pero encontrareis la paz en mí**». ⁽³⁾

¿Cómo podemos entender, pues, las palabras del Señor? Ante todo creo que es importante hacer una distinción que es la siguiente: una cosa es lo que el Señor quiere y otra lo que el Señor propone. **El Señor quiere dar la paz al mundo y la unidad que brota de,** ciertamente; pero esta paz y esta unidad se consigue por la adhesión a Jesucristo y por la aceptación de la verdad en la salvación que Él trae. Y precisamente esta adhesión a Él – *fundamento de la paz y unidad*–, es lo que se convierte en signo de contradicción y ocasión de división; porque es la adhesión a Jesucristo lo que provoca la diferencia y división entre las personas, y a veces entre las personas más queridas.

Hoy día palpamos esto de una manera muy viva, y nos surge una **tentación** muy grande: *si la salvación se centra en Jesucristo, y si la vida cristiana que el Señor nos pide provoca división pues dejémoslo, prescindamos de ello y hagamos hincapié sólo en lo que nos une*. Pero si hiciéramos eso dejaríamos de ser cristianos, porque ciertamente **no podemos renunciar a la verdad, a lo que Él nos pide**. Y, por otro lado, **solo hay unidad sólida en aquello que tiene por fundamento algo verdadero**, por lo cual solo podemos encontrar la verdadera paz y la unidad en la acogida y en el abrazo al Señor, en la aceptación de la verdad y en vivir como Él nos pide.

Ciertamente, el Señor nunca nos dice que porque creemos en Él creemos división, ni que cojamos la verdad como una bandera para separarnos y dividirnos de los demás; todo lo contrario, muy a nuestro pesar el adherirnos al Señor provoca que haya división.

Señor, te pedimos en esta mañana que creamos en la paz que eres tú, que creamos en la paz que tú traes, que creamos y trabajemos por la unidad que solo puede fundarse en ti; en la paz y en la unidad que comienzan en esta vida y terminan en el cielo.

Señor, haz que vivamos con dolor las situaciones que provocan división, que aprendamos a llevarlas con dolor y deseo de que sean superadas. Te pedimos, Señor, especialmente por todos los seres queridos que están distanciados de nosotros. Ayúdanos, Señor, a que la luz y el fuego del Espíritu Santo ilumine nuestros corazones y los enciendan en el amor, en la paz y en la unidad que solo en ti podemos encontrar.

Que así sea

⁽¹⁾ Lc 24, 36

⁽²⁾ Jn 14, 27

⁽³⁾ Jn 16, 33

Señor ¿son pocos los que se salvan?

Domingo, 21 de agosto de 2016

Textos: Is 66, 18-21; Salmo 116; Heb 12, 5-7. 11-13; Lc 13, 22-30

Acabamos de escuchar en el evangelio la pregunta clave acerca de la salvación: «**Señor, ¿son pocos los que se salvan?**» El Señor no les responde sobre la cantidad de los que se salvan, sino que les dice algo mucho más importante: **qué hay que hacer para salvarse**.

Aquí habría que decir muchas cosas, pero vamos a intentar captar lo fundamental. ¿Dios quiere salvar? Sí. ¿A cuántos? A todos. ¿Y eso lo ha pensado y querido siempre? Sí. ¿Ha cambiado alguna vez Dios en esta actitud y en este deseo? Jamás. Entonces **el problema de la salvación no está en el deseo ni en la voluntad de Dios**, sino que está en la voluntad del hombre. **Es el hombre el que pone la dificultad para la salvación, no Dios.**

Dice Jesús en el evangelio, de una manera fortísima, que no basta conocerle, no basta haberle experimentado en la vida para salvarse, ¿por qué? Porque la cuestión es que nosotros tenemos que elegir al Señor, **la salvación viene cuando el hombre elige a Dios**. Él nos ha elegido, Él ha dado la vida por nosotros, pero **la salvación depende de la respuesta que nosotros demos al Señor**. Se trata, ante todo, de la salvación eterna, de la salvación después de la muerte; es decir, no caer en el infierno sino poder llegar al cielo pasando a través del purgatorio.

La cuestión importante es salvarse. Y ¿cómo se salva uno? Nos salvamos eligiendo a Dios, pero uno no elige a Dios si no le conoce, si no acoge su palabra y sus mandamientos, si no camina detrás de Él, si no entra por la puerta de la vida que Él propone, porque entonces entramos en una contradicción, y es decir que le conocemos, que queremos seguirle pero no hacer nada en nuestra vida que tenga que ver con Dios, porque **la salvación es recibir a Dios y vivir en Él**.

Por eso el Señor nos dice: **LA SALVACIÓN EMPIEZA YA, CUANDO TÚ ACOGES Y QUIERES AL SEÑOR EN TU VIDA, LE ELIGES A ÉL, ESCOGES LA PUERTA QUE ES ÉL MISMO Y CAMINAS DETRÁS DE ÉL QUE ES EL BUEN PASTOR**. Por lo tanto es muy sencillo lo que hoy el Señor nos dice: «*Yo quiero tu salvación y tu salvación soy Yo, por eso ten paz porque si me eliges a mí y me sigues, la salvación ha comenzado ya*».

Ahora bien ¿realmente nos tomamos en serio que el Señor debe ser lo primero? ¿Nos tomamos en serio que seguirle significa abrazar su voluntad en nuestra vida? ¿Que elegir al Señor y seguirle significa pensar como Dios piensa, querer como Dios quiere y vivir como Él nos pide?

Señor, te damos las gracias porque con tu palabra iluminas nuestro corazón y nuestra vida. Sabemos, Señor, que tu único y verdadero deseo es salvarnos, y que tu mayor dolor es que nos alejemos de ti. Ayúdanos a tomarnos en serio tu palabra. Enséñanos a seguirte de todo corazón y a desear que todos puedan encontrar la salvación en ti.

Que así sea